

caso, conservan las viejas costumbres durante siglos: los cambios que se operan en el mundo exterior se cumplen á lo lejos sin tocarles.

Como ejemplo de una de esas poblaciones que quedan enteramente fieles á las costumbres antiguas, puede citarse la gregaria de los Urus, que bogan en balsas en el lago de Titicaca. Al principio del siglo XVII nos habla el historiador Herrera de esos hombres que no tienen, para morada y las necesidades de su existencia, otros materiales que la *totora*, ó sean las cañas que crecen y flotan en espesos lechos sobre las bahías poco profundas del lago. Según relaciones que reposan probablemente sobre simples juegos de palabras, los Urus, despojados de todo orgullo de raza, decían en otro tiempo á los Quichúas que no eran hombres, sino simples «gusanillos».

De tres siglos acá, la vida de los Urus no ha cambiado: todavía residen sobre balsas de totora, en chozas bajas, formadas de cañas y parcialmente cubiertas de arcilla. Comunmente sujetan su embarcación á una roca ó á un grupo de hierbas de la orilla, y no se aventuran á distancias sino en buen tiempo. Entonces tienden su vela, tejida de juncos, y gobiernan muy hábilmente el lecho de cañas que les sirve de embarcación. El fondo de su alimentación está también suministrado por la totora, cuyas raíces comen con la carne de los pescados y de las aves acuáticas. Una parte de su caza la venden á los Quichúas y á los Aymaras de la orilla, pero jamás, dice Basadre, consienten en habitar en chozas en tierra firme ni en contraer uniones con otros que con sus contribulos. Cuando una contrariedad les obliga á andar por la orilla, se balancean y caen como si estuvieran embriagados.

En los mismos Estados Unidos, donde las fuerzas industriales modernas dan al «civilizado» una verdadera omnipotencia en materia de destrucción, los Semínolas de la Florida han podido escapar parcialmente á la captura y al asesinato por los soldados de la Unión, gracias á los pantanos, á las corrientes y á las tierras blandas de los Everglades. En la actualidad se visitan sus campamentos por curiosidad siguiendo amplias vías bien conservadas.

Si el agua estancada ó tranquila aísla los hombres, el agua corriente

suele unirlos. Los valles cerrados de las montañas, los bosques y los pantanos, los islotes y los lagos son elementos conservadores en la historia de la humanidad; los ríos son, comparativamente, los principales agentes de la vida por la navegación, por los progresos agrícolas, por las emigraciones continuadas, y esto es lo que se denomina con la palabra de significación amplia: «civilización».

Pensando en los beneficios de toda especie, asegurados al hombre por el movimiento de los ríos, preciso es repetir la frase de Píndaro: «¡El agua es lo mejor que hay!»

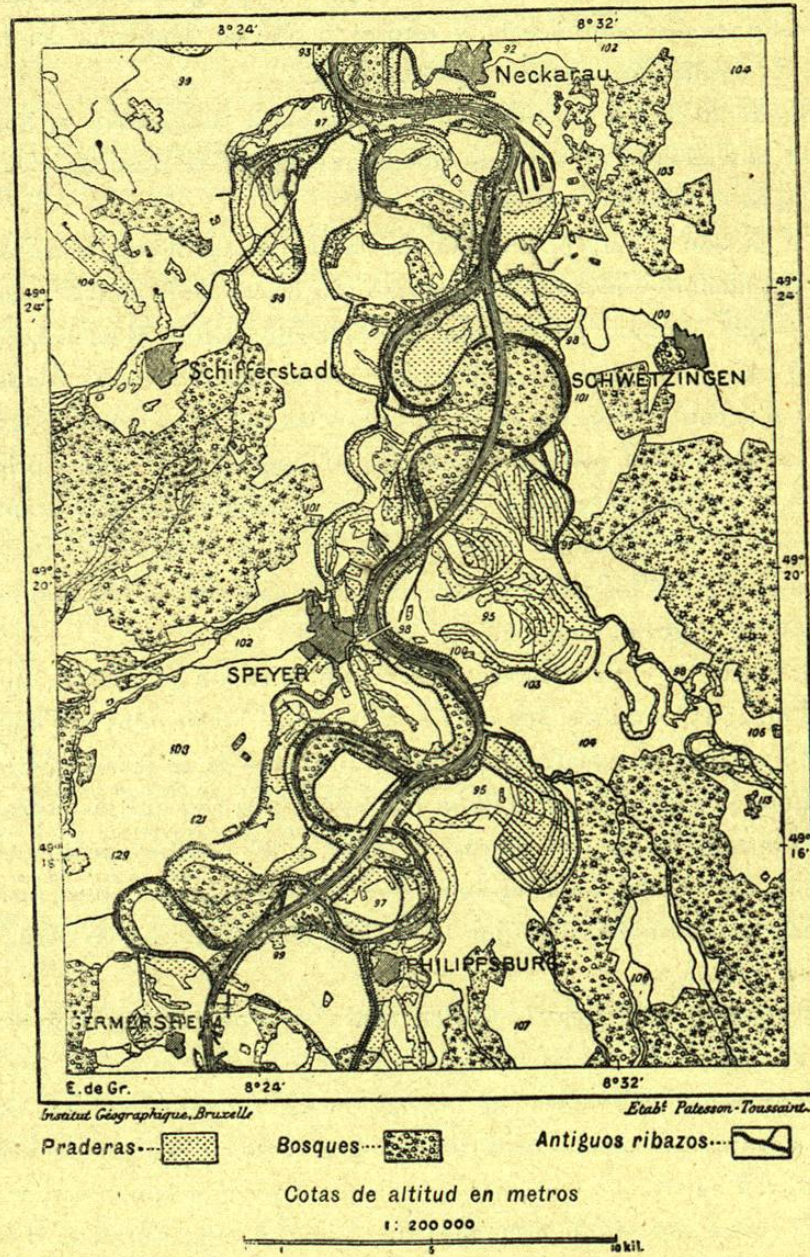
Tal ha sido la influencia capital de las aguas corrientes sobre la historia del hombre—movilizado él mismo por efecto de la inconstancia del nivel,—que algunos pensadores, especialmente León Metchnikoff, en sus *Grandes Ríos históricos*, han descuidado indebidamente todos los demás elementos del medio en sus estudios sobre el desarrollo de las naciones. Durante el período transitorio que siguió á las edades primitivas y que abarca los grandes períodos de civilización ya muy avanzada del Egipto y de la Potamia caldea, de la China, del Indus y del Ganges, para terminar en los tiempos helénicos, sólo han visto á los ríos como agentes del progreso humano.

Por efecto de circunstancias diversas en el medio geográfico, ciertos cursos de agua, cortados por cierres naturales, ú obstruidos por hierbas y extendiéndose en pantanos, se hallan privados de su acción favorable al hombre en todo ó en parte de su trayecto. Los hay que las poblaciones del interior no pueden abordar, á causa de los bosques medio anegados ó de cañaverales impenetrables que defienden las indecisas orillas, constantemente modificadas por la lentitud de sus aguas y las oscilaciones de la corriente.

Hay todavía gran número de ríos, sobre todo en las regiones tropicales, de vegetación frondosa, que son forzosamente evitados por las tribus ribereñas diferentes de los poblados de bateleros; en otros tiempos, antes que comenzara el trabajo de arreglo del planeta, la mayor parte de los cursos de agua, hasta los que tuvieron después mayor influencia en los destinos de la humanidad, como el bajo Eufrates, el Nilo y el Yangtsé fueron mucho tiempo inabordables á los habitantes de las tierras emergidas. Green cita el ejemplo de los ríos de Inglaterra, que han tenido una importancia tan considerable en el organismo na-

cional, y de los cuales se apartaban los ribereños cuidadosamente antes de la época romana y la de los pueblos marinos invasores: las antiguas

N.º 13. Antiguo y moderno cauce del Rhin



ciudades estaban edificadas sobre las colinas del interior, lejos de los pantanos y de los bosques que bordeaban las aguas corrien-

tes¹. Así es como Viena, una de las ciudades más grandes del mundo, ha huído mucho tiempo de las márgenes del Danubio, casi hasta nuestros días. Sobre las márgenes del Rhin sinuoso, retorciéndose como una serpiente cortada, Schifferstadt, una «ciudad de bateleros» hubo de establecerse hasta lejos del río, sobre un ribazo ribereño.

El río normal, tal como se mostraba acá y acullá en algunos países privilegiados, y tal como en otros sitios le ha orientado el hombre acercándose a sus orillas, se ha convertido por eso mismo en el creador de los grandes movimientos históricos. Corre libremente, con una onda, si no igual, al menos continua, y los que residen en sus márgenes ven pasar constantemente los islotes de espuma, las hierbas y las ramas de los árboles entremezclados por la corriente.

No hay medio de sustraerse a la obsesión de ese río, vencedor del espacio y del tiempo; de esa agua profunda y ancha, siempre corriente, reflejando las generaciones en su espejo, inmutable como el destino y, sin embargo, tan variada, tan cambiante por sus crecidas y sus descensos, sus olas, sus ondulaciones y sus arrugas, el reflejo de sus rayos y los visos de sus aguas. ¿De dónde viene ese río poderoso? Los primitivos, acampados en sus márgenes, no podían formarse de ello idea alguna.

¿Cuál fué el «misterio del Nilo» y de tantos otros ríos, cuya procedencia ignoraban los ribereños, imaginándoseles, en consecuencia, salidos del altar de un dios, ó bien siendo ellos mismos dioses?

Si veían montañas a lo lejos, allí colocaban naturalmente el origen de la corriente, pero no bajo la forma de simples manantiales brotando entre las piedras: la aparición del agua se hacía con acompañamiento de prodigios. Así, la epopeya del *Ramayana* nos muestra la «divina Ganga cayendo de los cielos sobre la cabeza de Siva»; luego, después de haber corrido sobre el cráneo del gran dios, «sumergiéndose a través de los tres mundos» y despertando la alegría en el universo entero.

¿Dónde va ese río? Tampoco lo sabe el primitivo, pero la onda que huye siempre atrae su mirada, y se siente arrastrado a seguirla para visitar con ella los países desconocidos. La corriente le solicita incesantemente al viaje, lo mismo que las aves que ve cruzar el valle en largas bandadas.

¹ John Richard Green, *The Making of England*.

¡Cuántos símbolos trágicos suscitaron los poetas en la Sirena ó en la Lorelei, en la ninfa encantadora que surge del agua cristalina y nos atrae á lo profundo! Pero antes de haber tomado una significación terrible, la leyenda tenía el sentido más sencillo del mundo: la diosa que atraía á la muerte á tantos jóvenes fuertes y valientes era la onda pura y rápida con sus reflejos cristalinos, sus finísimas arenas y sus remolinos insidiosos!

La vista del agua corriente impone una parte del ideal en la existencia de todo hombre, hasta en el de inteligencia menos abierta. Un hermoso trabajo de erudición debido á Curtius¹ pone de manifiesto como el pueblo griego, algo despojado del naturismo primitivo, ve todavía en las aguas vivas, seres que obran y trabajan apasionadamente, tomando parte con amor ó con odio en los múltiples acontecimientos de la existencia de los hombres de los países que le rodean. Y si vive la fuente, si fecunda como el Eurotas, ó mata como el Estigio, como la hidra de Lerna, ¡cuánto más poderoso, ora como aliado, ora como enemigo, puede ser el río que arrasa las ciudades, anega los campos y detiene los ejércitos en sus riberas!

Por eso la travesía de un río fué considerada siempre como un acto de gravedad positiva que exigía plegarias, sacrificios y acciones de gracias. Se hablaba al río como á un dios, ó al menos como á un genio; pero, aliándose con otros dioses, podíase también tomar venganza de los ríos malos que habían ahogado hombres. De ese modo, según la leyenda, Ciro castigó al Gindos, un afluente del Tigris, haciendo trabajar todo su ejército durante un año para dividirlo en trescientos sesenta canales². Desde ese punto de vista, Xerxes, condenando el Helesponto á ser azotado, obedecía á las ideas de su tiempo; porque el estrecho de olas rápidas no era á sus ojos más que un curso de agua como el Tigris y el Eufrates.

Los civilizados modernos, cuya vida se ramifica al infinito en mil pequeñas preocupaciones y en impresiones múltiples que se borran mutuamente, apenas pueden formarse idea del atractivo, del poder ejercido por la vista de una corriente continua, que parece en la Naturaleza como el

¹ Ernst Curtius, *Beiträge der Terminologie und Onomatologie der alten Geographie*. Akademie der Wissenschaften zur Berlin, 1886.

² Herodoto, *Histoires*, I, 189-190.

ser viviente por excelencia y que es al mismo tiempo el dispensador de la vida. Sin embargo, la influencia de este agente, de este trabajador incansable, no deja jamás de impresionar profundamente, aun á aquellos que no están habituados á un solo paisaje, sino que, por la amplitud de sus impresiones y de sus conocimientos, abarcan, por decirlo así,



TIPO DE BARCO DJENNÉ (DE CORTEZA DE ARBOL) SOBRE EL NIGER (Véase pág. 91)
Dibujo de George Roux, según una fotografía comunicada por el Museo de Historia natural.

el universo, y se han hecho ciudadanos del mundo entero. Por ello el gran naturalista Hudson, que vivió mucho tiempo en la ribera del Río Negro de Patagonia, trataba en vano de representarse, en sueño ó en sus fantasías imaginativas, paisajes diferentes de aquellos cuya imagen había penetrado en su cerebro: siempre y en todas partes se le representaba la meseta silvestre, la pendiente rápida que descendía á la ribera y la amplia corriente que desaparecía á la vuelta de un promontorio en la luz ó en la sombra¹.

Cuanto más sencillo es el paisaje fluvial, más domina el espíritu como

¹ Hudson, *Idle days in Patagonia*.

el único que pueda concebirse. Los que residen en las márgenes del Mississipi, uno de los ríos que mejor conservan su individualidad en el conjunto del curso por la anchura del cauce, la regularidad de la ola, la uniformidad de las riberas y el sombrío muro del bosque lejano ó «cipriera», apenas pueden rechazar la idea de que aquella masa líquida, descendiendo con potencia irresistible, sea el eje central de todo el mundo habitable. Y si los hombres de pensamiento y de fuerza intelectual no pueden triunfar de esas impresiones duraderas ¿cómo admirarse del arraigo que pueda tener sobre la imaginación de los ribereños, escasamente cultos, un río como la inmensa corriente del Amazonas, tan largo, tan ancho, tan poderoso, que corta en dos, como un ecuador visible, toda la América meridional? No ha mucho, los Tapuyos amazonianos no podían admitir que hubiera residencia humana fuera de una ú otra orilla del río.

Las obras de los primeros exploradores, Spix, Martius, Bates, Wallace, están llenas de las observaciones más extrañas hechas por sus barqueros: nada de lo que se les decía de la naturaleza de los otros países concordaba con su comprensión de las cosas. Los egipcios de hace seis mil años concebían el mundo á semejanza de su valle nilótico, es decir, como una larga fisura, ocupada en el eje por un río y bordeada de desiertos y de montañas¹.

Al borde de las aguas siempre en movimiento, de los «camino que andan», la navegación puede decirse que estaba descubierta de antemano: ¿no bastaba el tronco de un árbol movido por la corriente para atraer los niños que se solazaban en la orilla; no se aprovechaban las aves pescadoras y á veces un animal silvestre de ese vehículo natural?

Así mismo, arrastrado á su pesar por la súbita avenida de los ríos, el hombre ha viajado muchas veces sobre la corriente de las aguas, transportado sobre alguna isla flotante de terrenos ó de árboles entretreídos por sus ramajes, ó hasta en su misma morada levantada á flote.

La fuerza de la necesidad se convirtió así en la educadora del salvaje: la balsa suministrada por la Naturaleza y sobre la cual se había asociado por el espanto á los animales de la sabana ó del bosque quedó en su memoria, y pudo imitarle sin peligro en cuanto el agua se mostró propicia. Y cuando un árbol flotante, quizá ahuecado por un lado por la caries de

¹ Bonola, *Bulletin de la Société khédiviale de Géographie*, 1896, n.º 10.



PIRAGUAS INDÍGENAS, HECHAS DE TRONCO DE ÁLAMO, SOBRE EL TARIM MEDIO. Según una fotografía de Sven-Hedin.